

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO

WT/MIN(03)/ST/127
13 de septiembre de 2003

(03-4905)

CONFERENCIA MINISTERIAL
Quinto período de sesiones
Cancún, 10 - 14 de septiembre de 2003

Original: inglés

BELICE

Declaración del Excmo. Sr. Eamon Courtenay
Ministro de Inversiones y Comercio Exterior

Agradezco a usted Sr. Presidente y al Gobierno de México la organización de esta Quinta Conferencia Ministerial y la excelente preparación y su hospitalidad. En calidad de vecino de México, siento un placer especial al estar aquí. Es una muestra de nuestra proximidad geográfica y fraternal el hecho de que haya llegado a Cancún por carretera.

Paso directamente a referirme a esta Quinta Conferencia Ministerial, que es el motivo de nuestra presencia aquí. El mundo en desarrollo comienza la Conferencia con una comprensión más clara que nunca de las consecuencias desastrosas que sufrirán nuestros pueblos si los países industrializados obtienen lo que desean en Cancún. Por lo tanto, no es de sorprender que hayamos comenzado con una unidad sin precedentes entre los países en desarrollo para oponer resistencia a esas perspectivas: una solidaridad expuesta con claridad y calidad técnica nunca vistas.

Deseo exponer dos ideas:

1. en lo referente a cuestiones de forma, que la solidaridad con los pobres es el rasero del éxito en Cancún; y
2. en lo referente a cuestiones de fondo, que para la comunidad mundial es mejor salir de Cancún sin ningún acuerdo que con un acuerdo insatisfactorio.

En cuanto a la "unidad", habrá intentos de dividirnos, los cuales ya han comenzado. Tenemos que resistirnos a todas las lisonjas y amenazas -palos y zanahorias- e insistir en que se respeten nuestros intereses fundamentales. Si estamos unidos, no se nos podrá vencer.

Cuando se nos piden concesiones para poder "alcanzar el éxito en Cancún", tenemos que preguntarnos: ¿"éxito" para quién? El consenso por el puro consenso no es el "éxito". Un acuerdo insatisfactorio en Cancún será una catástrofe para miles de millones de personas de todo el mundo y para las generaciones venideras.

Con todo, no hay ningún indicio de que se llegará a un acuerdo satisfactorio en Cancún. Sabemos que el "Texto Ministerial" básico redactado en Ginebra es pernicioso para los intereses de los países en desarrollo, particularmente en las esferas de "agricultura", "aranceles industriales" y "temas de Singapur". Sabemos que es totalmente inadecuado en cuanto a las "cuestiones relativas a la aplicación" y el "trato especial y diferenciado". Esto lo sabemos en el Caribe, en el Grupo ACP y en el Grupo de los 77; lo sabe el Grupo Africano; lo saben los PMA y lo saben el Brasil, China, la India y el resto del Grupo de los 21, y muchos más.

En unas observaciones sobre Cancún publicadas a comienzos de semana, el Premio Nobel Joseph Stiglitz señaló algo que siempre ha sido fundamental para los países en desarrollo, a saber, que la Conferencia Ministerial de Cancún es en esencia una oportunidad de hacer una evaluación: hasta dónde hemos llegado después de Doha; adónde tratan de dirigirnos y adónde no debemos ir. Tiene razón. Es hora de hacer balance.

Por la insistencia en hacer balance y en no avanzar a ciegas sobre la base de un programa "de países ricos" y una "hoja de ruta" elaborados principalmente en Washington y en Bruselas, se ha acusado a los países pobres de ser "aguafiestas". Yo soy uno de los que están dispuestos a aguar cualquier fiesta en la que se cocine el futuro de Belice y del mundo en desarrollo.

Sin embargo, aún podemos alcanzar un éxito genuino en esta Conferencia. Podremos lograrlo si nuestro texto final incluye disposiciones adecuadas para las pequeñas economías, si renovamos el compromiso con el trato especial y diferenciado para los países en desarrollo, si el texto dispone el mantenimiento de las preferencias durante un período adecuado y si proporcionamos asistencia técnica y creación de capacidad a los países en desarrollo. No hay consenso para iniciar las negociaciones sobre los temas de Singapur; Belice no está dispuesta a acceder a ello. Por encima de todo, debemos seguir fieles al Programa de Doha para el Desarrollo.

Cuando los delegados miren desde sus magníficos hoteles el deslumbrante Mar Caribe, los invito a que reflexionen sobre el hecho de que una de las herencias de los conflictos y el colonialismo europeos en la región que bañan estas aguas es que nuestras economías son demasiado pequeñas y poco desarrolladas. La población de Belice es de aproximadamente 250.000 habitantes, y nuestro país es cinco veces más grande que algunos de los Estados insulares del Caribe. En este contexto, apreciamos el valor de un régimen mundial de normas y disciplinas comerciales. El imperio de la ley siempre es más acorde con los intereses de los pequeños y los débiles que el dominio desenfrenado de los poderosos.

Pero éste no es el resultado que nos ha dado la OMC. Si alguien tiene dudas, que encuentre la respuesta en la sórdida saga del banano. Los poderosos siguen dominando. Sabemos de qué hablamos.

Y también lo sabe la gente común que protesta contra nuestras deliberaciones. Responden a una causa justa. Hemos expresado nuestro pesar por las víctimas de Nueva York y Estocolmo. Que no se diga que desde este podio nadie manifestó su pesar por la trágica muerte de un agricultor coreano que vino a abogar por la causa de los pobres en las calles de Cancún. Mi país lo siente mucho.

Debo decir con toda sinceridad, que para Belice un acuerdo insatisfactorio en Cancún podría hipotecar nuestro desarrollo por varias generaciones, condenarnos a vivir en la pobreza a perpetuidad, destruir nuestra dinámica democracia y dejarnos una herencia de caos social. No tengo ni que decir que Belice no será parte en un acuerdo de ese tipo. Antes que eso, sería mejor que no hubiera ningún acuerdo, por el momento.

Si eso supone un resultado mínimo en Cancún, será porque la justicia y el mejoramiento de los destinos de los pobres del mundo se han puesto por delante de la ambición y la avaricia de los ricos. Esta simple aseveración haría de Cancún un verdadero éxito.
